



# 1837

## Pierre Edmond DE BOISSIER



(Ginebra, 1810-1885). Botánico miembro de la Sociedad de Física y de Historia Natural de Ginebra, alumno de De Candolle y de Philip Barker Webb, quien había recorrido Andalucía en 1827 y probablemente le despertó el interés por el reino de Granada. Publicó excelentes trabajos de sus viajes a España, Argelia, Grecia, Siria, Australia y Egipto. La imposibilidad de descubrir nuevas especies vegetales en Europa le animó en 1837 a visitar Andalucía, atraído por la visión romántica de nuestra comunidad y la posibilidad de realizar nuevos descubrimientos. Advertido de las dificultades del viaje, debido a la inestabilidad sociopolítica española y a la abrupta topografía, preparó con detenimiento su viaje, aprendiendo, para ello, el idioma español.

Tras su paso por Andalucía publicó por entregas, entre 1839 y 1845, su aportación más importante a la flora andaluza *Voyage botanique dans le midi de l'Espagne*, obra en dos tomos impresa en París por Guide y Compañía, e ilustrada con dibujos de M. Heyland. En el primer volumen narra sus impresiones del viaje, describiendo las especies vegetales del reino de Granada, y en el segundo hace la descripción latina e interesantes observaciones de cada una de ellas. La calidad científica de este trabajo provocó admiración en Europa, originando que nuestra desconocida región pasase a ser de las mejores estudiadas en el aspecto botánico. Esta publicación ha sido calificada por diversos expertos como la obra clásica de Sierra Nevada.



Dos retratos del científico Pierre Edmond de Boissier: en la madurez y en la vejez.

En página siguiente: Itinerario de Boissier por tierras almerienses, representado en el mapa de T. López: *Mapa geográfico del Reino de Granada* (1795).

Boissier recorrió la provincia de Málaga, la parte meridional de Granada y algo de Almería, centrándose especialmente en Sierra Nevada. El viaje partió de Marsella hacia Valencia, de aquí se dirigió a Gibraltar por Málaga, regresó a esta última ciudad para ir a Granada, desde donde efectuó tres excursiones a Sierra Nevada: la primera, a finales de junio, consistió en la subida al Veleta; en la segunda, a finales de julio, ascendió al Mulhacén y bajó a las Alpujarras, en ésta recorrió la sierra de Gádor y el litoral almeriense, ascendiendo de nuevo hacia Granada; la última, a principios de septiembre, finalizó la recogida de material. Desde Granada se dirigió de nuevo a Málaga para visitar la sierra de las Nieves. A principios de octubre parte hacia Cádiz y de aquí, pasando por Sevilla y Madrid, vuelve a su país.

En la travesía de Valencia a Motril pasó por cabo de Gata, campos de Níjar y campo de Dalías. En su segunda excursión a Sierra Nevada visitó Berja, sierra de Gádor y Adra; del primero de estos pueblos nos comenta, al igual que Charles Didier, que la suciedad y estrechez de la habitación que encontró para dormir le obligó a pasar la noche en la azotea; en la sierra de Gádor visitó las minas y nos ofrece una descripción detallada de éstas, de las condiciones de vida de sus obreros e incluso de sus salarios. Describió con minuciosidad todo cuanto veía y ocurría a su paso. Así, paisajes, pueblos, ciudades, habitantes, usos, costumbres y sucesos históricos quedaron plasmados en esta obra.

El texto que a continuación reproducimos esta contenido en las páginas 132-134 y 320-330 del libro editado en Málaga por la Fundación Caja de Granada y la Universidad de Málaga, en 1995, dentro de la colección Sierra Nevada y la Alpujarra, con el título: *Viaje botánico al Sur de España durante el año 1837. Charles Edmond Boissier*, cuyo es-



### CAPITULO III: TRAVESÍA DE VALENCIA A MOTRIL

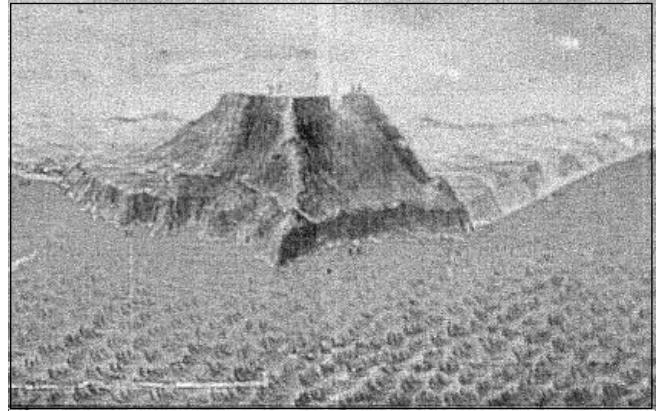
#### LITORAL DE ALMERÍA, ENTRE CABO DE GATA Y ADRA

**D**os días después llegamos frente al macizo de montañas áridas y salvajes que anuncian la proximidad del cabo de Gata. Toda la costa meridional de la Península a partir del reino de Valencia está llena de torres destinadas, en principio, a vigilar las intenciones de los berberiscos, pero cuyo fin es hoy oponerse al contrabando desenfrenado cuyo centro es Gibraltar. Estas torres, colocadas a poca distancia, son de construcción uniforme, bastante bajas, provistas algunas veces de una o dos piezas en batería sobre la plataforma. No se puede entrar más que por una abertura a media altura. Los torreros que las habitan son también los encargados de la ejecución de los reglamentos sanitarios y dos o tres carabineros les acompañan a veces. Observé una de estas torres curiosamente colocada en lo alto de una roca cortada y terminada en meseta. Nuestros marineros llamaban el lugar la Mesa de Roldán. Según ellos, en otra época, el héroe había cortado la montaña en dos

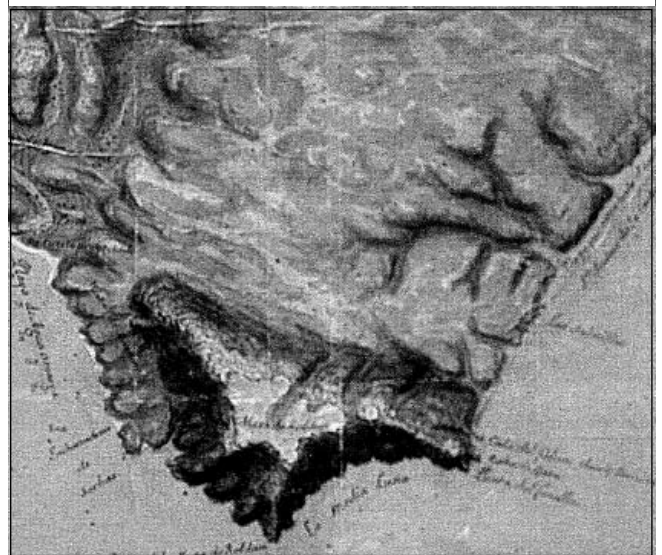
de una estocada, lanzado la mitad superior al mar donde aún forma un islote, dando a la costa su relieve actual al abrir golfos y recortar promontorios. Cerca de Altea ya había oído hablar de la Cuchillada de Roldán, una colina abierta, y me sorprendió encontrar estos recuerdos del valiente de Roncesvalles aún difundidos y enraizados en una parte de España tan alejada del escenario de sus hazañas.

El cabo de Gata está formado por unas rocas cuyo color rojizo indica bastante su origen volcánico, mientras que otras partes que llegan hasta el mar, son de una blancura tan deslumbrante que parecen montones de nieve. En el transcurso de mi viaje he sentido a menudo no haber podido visitar estos parajes, cuyo peculiar aspecto anuncia una vegetación muy especial. Estuvimos pronto cerca de las amplias llanuras abrasadas, llamadas campos de Níjar, que se extienden hasta Almería, donde descubríamos la muralla y las viejas torres. Por detrás, la alta sierra de Gádor elevaba sus cimas todavía cubiertas de nieve y nos ocultaba Sierra Nevada.

Entramos entonces en el canal ancho a lo más de cuarenta leguas y formado por los dos continentes que



Planta y alzado de una zona litoral del Cabo de Gata, según aparece representada en el Mapa de la porción de costa que comprende el Cabo de Gata... Año de 1735, por Felipe Crame.



se aprietan; la altura de las montañas detiene allí los vientos del interior y expone a los navegantes a unas largas calmas. El levante o el poniente reinan solos en esta parte del mar. La costa hasta Motril no ofrece ningún fondeo; a menudo hay que buscar alguno en caso de mal tiempo y retroceder hasta veinte leguas hacia atrás. Estas calmas que temíamos no tardaron en surgir y nos retuvieron varios días en estos parajes; maldecíamos el mar, nuestro barco pequeño e incómodo, la mala comida a la que estábamos sometidos desde que nuestras provisiones de Valencia se habían agotado y que sólo consistía en una cantidad insuficiente de arroz mal preparado. Nuestros marineros, habituados a esta vida, quedaban tumbados todo el día en cubierta con la indiferencia española, sacando acordes monótonos de sus guitarras u otro instrumento de cuerdas metálicas al que llaman cítara y que se toca con una pinza de cobre. Al no tener nada mejor que hacer, cazábamos infructuosamente las gaviotas y los marsopas que se divertían alrededor del barco, cortando las olas con sus aletas inmóviles y enseñando de vez en cuando, en un salto veloz, su vientre blanquecino y su hocico alargado. El tiempo era pesado y cubierto; las velas, hinchadas por algunas bocanadas de aire, volvían a pegarse pesadamente contra los mástiles; una sombría banda de nubes que cubría la cima de las montañas dejaba escapar el ruido sordo de un trueno

alejado y se rasgaba en algunos sitios, dejándonos entrever los campos de nieve de Sierra Nevada.

Avanzábamos casi insensiblemente por el único efecto de contracorriente que reina en el estrecho y, por fin, dejamos las largas llanuras que se extienden al pie de la sierra de Gádor bajo el nombre de campo de Dalías, el cabo de Roquetas, Adra, cuya posición está señalada por las gruesas columnas de humo que se elevan de sus altos hornos y donde se abre el valle que separa la sierra de Gádor de la Contraviesa, ribereña también. Una tarde, situados a la altura del cabo Sacratif, nuestros marineros pusieron todo su amor propio, echaron la lancha al mar y toda la noche remolcaron la falúa con la ayuda de unos largos remos. Gracias a este sostenido trabajo, tuvimos el placer de encontrarnos por la mañana a poca distancia de las blancas casas de Motril, donde debíamos desembarcar parte del cargamento.

## CAPÍTULO IV. VIAJE A MOTRIL Y MÁLAGA

### DE UGÍJAR A BERJA

De Ugíjar a Berja, que sólo dista unas cuatro leguas, el sendero sigue el curso de un río que más abajo va a juntarse al río Adra. Su lecho está profundamente encajonado entre las riberas, unas veces cubiertas con jardines y cultivos, más a menudo cortadas en vertical, y otras veces con varios centenares de pies de altura. Los puntos de vista cambian a cada momento debido a las sinuosidades angulosas del valle; no me cansaba de admirar su asombrosa fertilidad en todos los lugares donde ha sido posible traer el agua, los tallos de maíz tenían seis pies de altura, unas cepas gigantes estaban cargadas de racimos negros y unas matas de *Arun-do donax* abrigaban numerosos pueblos agrupados sobre las laderas. Con una buena administración; ¡a qué grado de prosperidad llegaría esta afortunada comarca calentada por el sol de los trópicos y al mismo tiempo refrescada por la brisa que baja de las montañas! Situada solamente a algunas leguas del mar, sólo habría que arreglar las comunicaciones fáciles que los mismos ríos han excavado a través de una región montuosa.

Protegidos del ardor del día por la altura de las ribas, caminábamos agradablemente sobre la arena húmeda, cruzando a cada instante el hilo de agua casi imperceptible que numerosas sangrías han dejado al río, y no nos dábamos mucha cuenta del calor del día; pero lo sufrimos aún más cuando hubo que salir del valle y adentramos a la izquierda en las colinas que nos separaban de Berja; la temperatura era la de un horno; la tierra roja y como calcinada sólo alimentaba una barrilla y las matas espinosas y secas de *Sonchus spinosus*: ni un árbol, ni siquiera un zarzal para resguardarse, y, cuando muriendo de sed en medio de la meseta bastante amplia que corona estas colinas, nos acercamos ansiosamente a un aljibe abovedado, sólo encontramos un agua fétida y podrida. El gigantesco y abrupto macizo de la Sierra de Gádor se elevaba entonces muy cerca de nosotros, nos había sido tapado hasta entonces por las colinas que encajonan el río Adra; bajamos por fin desde estas alturas a unos bosques de olivos y pronto alcanzamos Berja, alegre pueblo de casas blancas rodeado por un oasis verde e irrigado, que nos encanto aun más después del desierto quemado que habíamos atravesado.

Esta pequeña ciudad, situada a algunas leguas de distancia del mar y a unos mil pies por encima de su

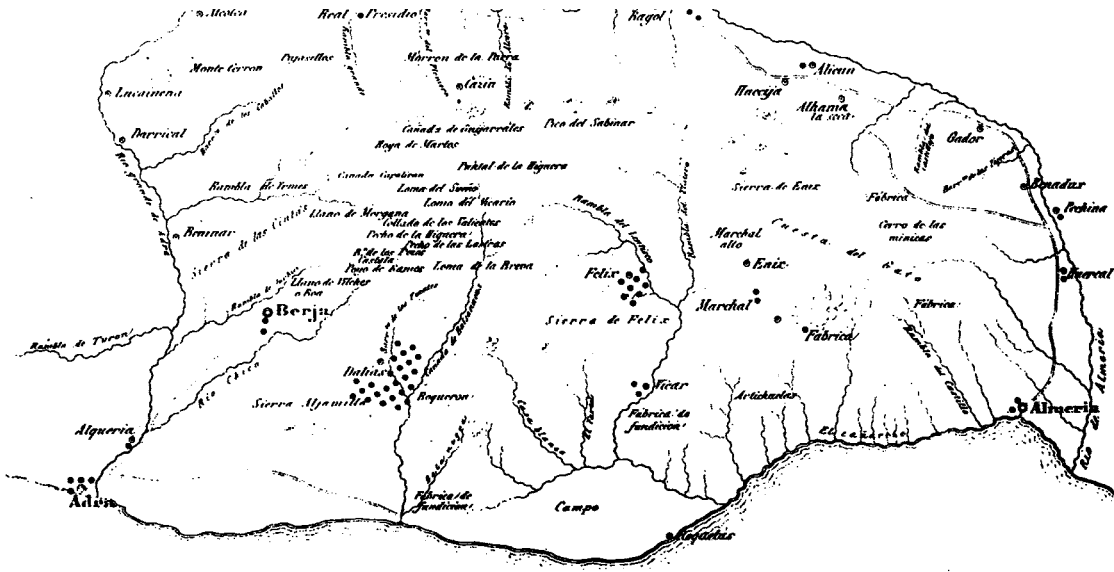


Vista general de Berja con la Sierra al fondo.

nivel, ha adquirido una gran importancia por la proximidad de las minas de plomo de la sierra de Gádor. Es en Berja donde se realizan los aprovisionamientos de la numerosa población de obreros que vive en la montaña, también es allí donde los propietarios de las minas han establecido y tienen sus agencias; por ello, está poblada y animada, y los numerosos extranjeros que la frecuentan han introducido un cierto grado de civilización. Desgraciadamente para nosotros, una posada que decían ser bastante buena, estaba totalmente ocupada y sólo pude encontrar un sitio en otra cuyas habitaciones estaban tan sucias, que tuve que hacer instalar mi cama sobre la azotea. Esta forma de dormir no es tan agradable como se podría pensar por el clima suave de esta comarca, ya que las primeras horas de la madrugada son frescas y húmedas.

### SUBIDA A LA SIERRA DE GÁDOR. LA MINAS

El día siguiente me procuré una recomendación para el vigilante de una de las explotaciones principales y, después de dejar pasar las horas ardientes del día, salí hacia la montaña a las cuatro de la tarde. Montábamos unos burros: su número es inmenso y se utilizan para llevar el mineral. La vega que se extiende en pendientes suaves hasta el pie de la Sierra, que dista una hora, está ocupada por unos cultivos y numerosos olivos. A lo largo del camino se elevaban, de cuando en cuando, los bohordos florales del Agave americana; algunos tenían treinta pies de largo y sus anchas panículas llevaban miles de flores de color blanco verdoso. La vista de esta planta me dio aún más alegría por no haberla visto nunca en flor; en el mes de junio, cuando



Croquis de la Sierra de Gádor con indicación de los principales establecimientos mineros. (Fuente: M. A. Pérez de Perceval Verde, *Fundidores, mineros y comerciantes. La metalurgia de Sierra de Gádor, 1820-1850*. Almería, Cajal, 1985; p. 107).

estaba en el litoral, cerca de Málaga, no se veía ningún indicio de estos tallos, pero se desarrollan después tan rápidamente que a veces se ven crecer en el espacio de una hora; tras la maduración de las semillas la planta muere; pero el vacío que produce en el seto es rápidamente sustituido por los retoños que deja. Al pie de la montaña vi una fuente abundante que sale de las rocas y a la cual la huerta de Berja debe toda su fertilidad. El camino por donde subíamos era muy concurrido y formaba unos numerosos zigzagueos; nada puede dar una idea de la esterilidad de las pendientes inferiores que atraviesa; es cierto que era la época más calurosa, pero sólo *apercibí algunos pies de la rara Sideritis foetens*, por desgracia aún sin florecer. El sol había desaparecido y un bello claro de luna lo sustituyó; esta suave claridad permitía divisar en el paisaje los objetos más lejanos y daba a sus contornos un aspecto mullido; el mar brillaba como una capa de plata y en el horizonte se dibujaban las pirámides alejadas del Mulhacén y de la Alcazaba, con los cúmulos de nieve que jaspeaban sus flancos. Un viento ligero y fresco del norte vino a aumentar el encanto de esta noche al refrescar la atmósfera. Por el camino, pasábamos cerca de hoyos y cuevas, restos de viejas explotaciones actualmente abandonadas; fue un nuevo motivo para agradecer el claro de luna, pues con una noche oscura, tal proximidad debe ser peligrosa.

A las nueve de la noche, el guía nos dijo que habíamos llegado sobre la meseta superior y como la mina de Berja adonde iba estaba aún alejada, nos paramos para pasar la noche en una cabaña destinada a despacho de vino. El tabernero se quejaba de no ganar nada este

verano. En efecto, había entonces un estancamiento completo en los trabajos; el precio del plomo había bajado a consecuencia de unas quiebras en América, los almacenes de Adra estaban llenos y los propietarios, que no querían continuar los gastos de explotación sin estar seguros de la venta, habían interrumpido todo desde hacía dos meses. Ahora bien, como las cuatrocientas minas de la sierra de Gádor empleaban normalmente hasta veinte mil obreros a la vez, se concibe la pérdida resultante para toda la región, cuyos habitantes afluyen aquí para trabajar desde muchas leguas a la redonda; una gran efervescencia reinaba en todas partes, y como los obreros habían amenazado con llegar en masa sobre la montaña para forzar a los dueños de las minas a reanudar el trabajo, habían tenido que enviar de Berja una partida numerosa para mantener el orden: así se llama a un grupo de guardias nacionales sin uniforme, vestidos con el traje de la región.

Al salir, al amanecer, fui agradablemente sorprendido por la vista del bello panorama que se extendía a mis pies y de unas plantas totalmente nuevas para mí. Citaré, en primer lugar, al *Scutellaria orientalis* y dos magníficos tomillos con corolas de un pulgar de largo, una de color púrpura, y la otra especie blanca con largas brácteas escariosas. Después de subir algún tiempo, llegamos sobre la meseta muy amplia y ondulada de la cima de la montaña; podía haberme creído en medio de una ciudad: unas innumerables casitas cuadradas de albañilería, muy próximas en algunos lugares, más esparcidas en otros, todas de una sola planta, cubren el orificio de los distintos pozos de las minas; algunas

muy pequeñas sólo sirven para proteger la abertura y las herramientas de explotación, las otras contienen varias habitaciones y sirven de vivienda. El terreno de los alrededores, por todas partes roturado, está volteado, cubierto con cardos y matas de *Nepeta nepetella*.

La explotación llamada Mina de Berja es una de las más importantes. Una carta que llevé al capataz o vigilante me proporcionó un buen recibimiento. Tenía bajo sus órdenes a sólo tres o cuatro hombres para guardar las herramientas y el escaso mineral explotado que quedaba aún en las galerías. Toda esa gente pasaba el día en la mayor ociosidad, los empleados de las minas vecinas venían a verles y jugaban a las cartas, cantaban, bailaban el fandango con unas gitanas horrorosas que venían de pueblos cercanos, mientras que uno de ellos, como un verdadero aficionado, tocaba la guitarra durante horas, los ojos casi cerrados y repitiendo sin cesar en sus sueños unas monótonas cantinelas. También les vi practicar un juego que consiste en lanzar una enorme barra de hierro tan lejos como sea posible, ayudándose con un balanceo circular del cuerpo: la agilidad mostrada por estos hombres débiles en apariencia es asombrosa. Mi criado, un suizo robusto, con los músculos desarrollados, no lo conseguía como ellos y con mucha diferencia. Tuve demasiado tiempo para examinar todo esto: una indisposición me retuvo en este lugar durante tres días enteros que pasé de una forma muy desagradable, helado en el interior de la vivienda, por el frío que procedía de la abertura del pozo, y cuando quería sentarme fuera, abrasado por los rayos de un sol de agosto ardiente contra el cual no existía el menor abrigo, a pesar de la altitud del lugar.

Nada tan singular como el interior de una de estas minas: se ve que la técnica está en su balbuceo, son unos corredores que suben o bajan al azar: a veces, se ensanchan en bóvedas y a veces se estrechan hasta tal punto que es necesario arrastrarse sobre el vientre; a menudo, más de un centenar de hombres tienen que formar una cadena para pasar el mineral que no se podría extraer de otro modo. La dirección y la amplitud de las galerías sólo están determinadas por las de los filones que se siguen; pretenden que sólo este método es lucrativo y que unas compañías que hicieron venir a unos ingenieros desde Alemania para explotar más científicamente se han arruinado. Si bien es verdad que la mezquindad en estos trabajos disminuye los gastos, debe en cambio aumentarlos debido al número de obreros que tal sistema necesita.

La galena es sumamente abundante, sobre todo en esta parte de la montaña, donde forma algunas veces

unos enormes núcleos en medio de la roca caliza; en otras partes está tan mezclada con la roca que se debe romper en pedazos y separarla después; los obreros encargados de esta operación o de la que consiste en garbillar, es decir, cribar y lavar la arena y los residuos metalíferos, cobran hasta la cantidad de veinte reales al día, pero a secas, es decir sin comida. La mayoría sólo recibe entre 4 y 6 reales; pero les dan sopa o gazpacho mañana y noche y un guisado de habas o de habichuelas a mediodía con pan a voluntad. Cada explotación mantiene a un criado, cocinero encargado de preparar las comidas. Todo el mineral baja a Berja y a Adra donde están las fábricas, allí lo funden en lingotes proporcionando un 60 a 70% de metal puro.

Al Este de la meseta donde están situadas las minas, la montaña se vuelve a elevar aún para formar varios montículos o lomas de formas redondeadas que alcanzan 7.000 pies de altura, después va bajando lentamente y lleva sus pendientes alargadas hasta los alrededores de Almería. La vista desde el punto culminante es asombrosa, abraza toda la orilla marítima desde sierra Tejada, que aparece a lo lejos como una nube, hasta el cabo de Gata; del otro lado tenemos toda la extensión del revés sur de Sierra Nevada y los valles que bajan de ella; a partir del puerto de Vacares esta cadena ya no presenta escarpaduras, sino una serie de cimas redondeadas; su altura, muy disminuida, no permite que la nieve permanezca en ningún punto, y se la ve, por fin, morir en el valle del río Almería, paso natural que separa el final de Sierra Nevada de la estéril sierra de los Filabres, hacia la cual se puede llegar sin cruzar ninguna montaña desde la orilla del mar hasta las mesetas de Baza y Guadix.

Los puntos culminantes de la sierra de Gádor estaban ornados con unas alfombras plateadas cubiertas de flores rosas formadas por *Pterocephalus spathulatus*; también crecían *Prunus prostrata*, *Buplevrum spinosum*, *Bunias spinosa*, *Genista Lusitanica*, *Cirsium gregarium*, *Erodium trichomanefolium* y cantidad de otras bellas especies. Los campos de centeno esparcidos en las hondonadas abrigadas de la meseta me proporcionaron también *Carduncellus Hispanicus*, bonito cardo de flores azules; pero, mirándolo bien, la estación estaba ya demasiado avanzada para una montaña tan seca y tan expuesta al sur. En el lugar donde el llano superior acaba y linda con las pendientes meridionales se encuentran distintas bandas de rocas calizas con unos desprendimientos y unas terrazas de exposiciones muy variadas. El borde de la meseta debe ser un verdadero jardín de flores hacia el final del mes de junio: aún se



Chumbera en flor. (Foto de Ana Úbeda).



Vista de Adra cubierta por el humo de la chimenea de la casa de los Heredia. Foto tomada en el último tercio del s. XIX.

encontraba *Thymus longiflorus* y *membranaceus*, *Teucrium spinosum*, y lo que más me gusto aún, *Jasione foliosa* Cav., que se parece en su porte a nuestra *Erinus alpinus*, que tapizaba y adornaba con sus flores azules las rocas protegidas del sol.

En todas partes, la población que trabaja en las minas tiene un espíritu dispuesto a lo maravilloso; mi estancia en la sierra de Gádor me ofreció varios ejemplos de esta disposición. Primero, nadie quería creer que estuviera allí para recoger hierbas y a menudo varios individuos me apartaban creyendo que había venido con el fin de explorar en secreto las minas y me proponían enseñarme los filones ricos para explotarlos conmigo. Una vez, el superintendente de la mina de Berja, a la vuelta de una excursión que acababa de realizar, me confesó medio riendo, medio avergonzado, que me había seguido de lejos y vigilado todo el rato, porque me había visto dirigirme hacia una parte donde, según una vieja tradición, existen metales preciosos escondidos a una gran profundidad en el suelo. Nunca adivinarán por quién, según esta buena gente, ha sido descubierto el tesoro: nada menos que por el Rey Salomón, quien, de camino hasta Ofir, divisó desde su flota los indicios significativos sobre los flancos de la montaña, desembarcó y, con la ayuda de unos conjuros solamente conocidos por él, hizo que se abriera la roca y se marchó cargado de riquezas. Ahora, se imaginan que el secreto de estas palabras mágicas, perdido en el país, debe estar transmitido a algún extranjero y el buen capataz, creyéndome el feliz poseedor, me había seguido para participar de mi suerte.

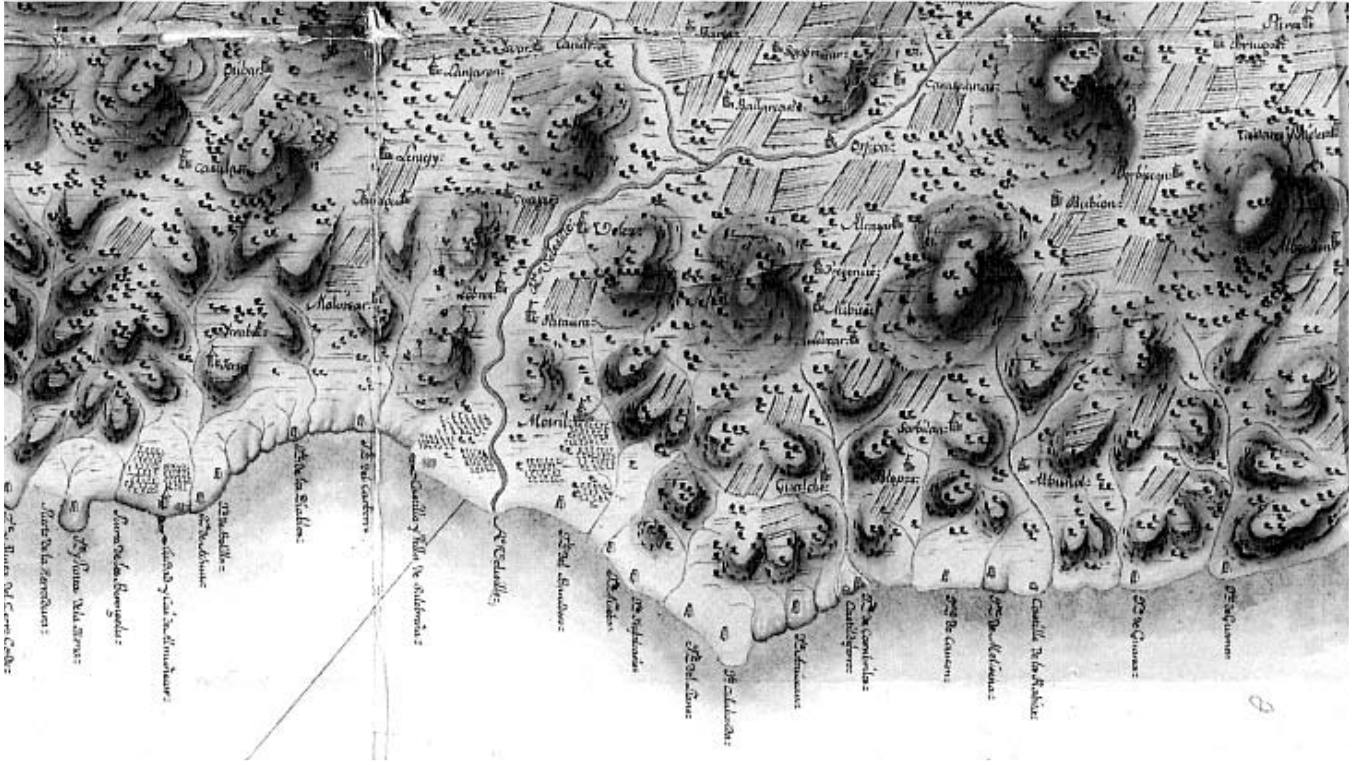
## DE BERJA A ADRA

De vuelta a Berja, el 4 de agosto por la noche, me volví a marchar el día siguiente bajando por el curso de un río; las colinas cercanas estaban cubiertas de *Dianthus serrulatus*, encantador clavel de pétalos rosas franjeados y moteados por manchas más oscuras, *Hypericum Boeticum*, *Epilobium parviflorum* adornaban el borde de las aguas con *Cynanchum monspeliacum* de tallos trepadores, unos raros *Salicornia* y el elegante *Statice globularioefolia*, de panícula aérea formada por numerosas florecitas azules cubrían las laderas.

Pronto llegamos al valle más ancho donde corre el río Adra, cuya corriente apenas se nota en esta época y sólo se compone en algunos lugares por una serie de charcos. Allí, favorecidas por el calor y una humedad constante, la vegetación se presentaba con una exuberancia muy tropical, unas cañas inmensas, Agaves, Chumberas, *Eleagnus* de follaje plateado, gigantescos *Tamarix Africana*, formaban unos setos en los cuales se entrelazaban los ramos de *Lonicera canescens*, encantadora madre selva con guirnaldas de flores naranjas que esparcían un suave perfume.

Los cultivos del maíz eran muy abundantes; pero exceptuando una fábrica abandonada, no se encontraba ninguna vivienda. Poco a poco, las colinas bajaban por los dos lados y llegué pronto sobre una playa arenosa cerca del mar azulado; a la vuelta de un montículo, el pueblo de Adra apareció con las pesadas columnas de humo negro que escapan por sus altos





El litoral mediterráneo de la Alpujarra, representado en el mapa forestal de la provincia marítima de Motril, levantado por José Espelius, en 1761.

hornos. El aspecto de este lugar es absolutamente africano, unas casillas blancas de una sola planta, cubiertas con terrazas forman una larga calle en la orilla del mar, algunas palmeras elevan acá y allá su cima esbelta y el verdor oscuro de los campos de caña de azúcar y maíz contrasta con el tono blanco y la esterilidad de las laderas. La posición de Adra está mal escogida, sólo se encuentra agua salobre y malsana; el obstáculo mayor a su prosperidad es la falta de un puerto seguro; los buques que vienen a cargar el plomo han de quedarse en la ensenada expuestos a los violentos golpes de viento de esta costa, y las cargas se realizan con gran rapidez ya que deben estar siempre dispuestos a zarpar de repente. Con una recomendación para el agente de una casa francesa, visité las fábricas con todo detalle, pero la mayoría estaban cerradas por culpa del estado de estancamiento que comenté antes.

El día 6 de agosto por la mañana, me fui hacia el oeste, siguiendo las arenas que se extienden entre el mar y las últimas alturas que bajan de la sierra de Contraviesa. Esta costa baja se extiende hasta perderse de vista; a una distancia de más de ocho leguas está detenida por el saliente que forma hacia el sur la alta sierra de Lújar; a menudo muy estrecha, alcanza otras veces un ancho de un cuarto de legua. Se en-

cuentran algunos cultivos en todos los sitios donde se han podido construir unas norias o ruedas para riegos, pero es, en general, inculta y cubierta con los tallos inclinados de *Cucumis citrullus* y *Euphorbia paralias* y *peplis*; unos matorrales de *Tamarix* forman casi el único resguardo que se encuentra. Cerca de Adra las colinas de la izquierda no producen más vegetación que los tallos espinosos y desecados de *Sonchus spinosus*, pero van elevándose a medida que se avanza y su pendiente brusca, surcada por numerosos barrancos, se cubre de viñedos. De vez en cuando se ven algunos pueblos, siempre a una cierta altura sobre las montañas, debido al terror que inspiraron durante mucho tiempo en esta costa los corsarios africanos. A lo largo del camino, apenas abierto, que seguíamos por la arena, sólo encontramos algunas chozas de ramaje donde se vende un agua mala, aguardiente y algunas veces naranjas y sandías; acostumbran a exponer estas últimas durante algún rato al sol antes de abrirlas para darles más frescor en su interior. A unas tres leguas de Adra dejamos la playa a la altura de un fuerte cuadrado muy pintoresco llamado castillo de la Rábita; allí se abría un valle estrecho y fértil que seguimos andando hasta llegar frente a Albuñol, pequeña ciudad situada en la ladera de una colina y donde no entramos.

# 1839-43

Nicolás de RODA



De este desconocido viajero granadino sabemos que colaboró de forma asidua en la revista *La Alhambra* (1839-1843), de corte romántico y literario, y que sus impresiones y sensaciones vividas durante su expedición por la agreste Alpujarra, realizadas en tono crítico y, las dejó impresas en la citada revista. Una experiencia muy negativa en casi todos los sentidos: “... recorriendo como yo aquellos barrancos tan parecidos a la vida del hombre, maldecirían hasta el primero que inventó las comunicaciones. Desde las puertas de Granada en que vi los condenados, me pareció ir al infierno”. Habla de una tierra triste y árida, mal comunicada, pobre, con pésimas comidas, posadas insanas y llenas de pulgas; en definitiva, “quien dude que nuestra vida es una peregrinación, y peregrinación pesada, que viaje por la Alpujarra...”, aunque “bien es verdad que algunos pobres están más alegres que muchos ricos”. Parte de Granada, por el valle de Lecrín, hasta Turón, donde llegó “mal parado y molido”; y, de aquí, pasó a Berja, Adra y vuelta a Granada (no sabemos si por mar o por tierra) hasta su añorada y placentera Alhambra.

El breve trabajo apareció en la revista *La Alhambra* con el título “Viaje a la Alpujarra”; nosotros lo hemos extraído de una edición facsímil realizada por la editorial granadina Albaida en 1991 con el título *La Alhambra. Relatos de Granada. Recuerdos de Andalucía (1839-1843)*; p. 299-300.

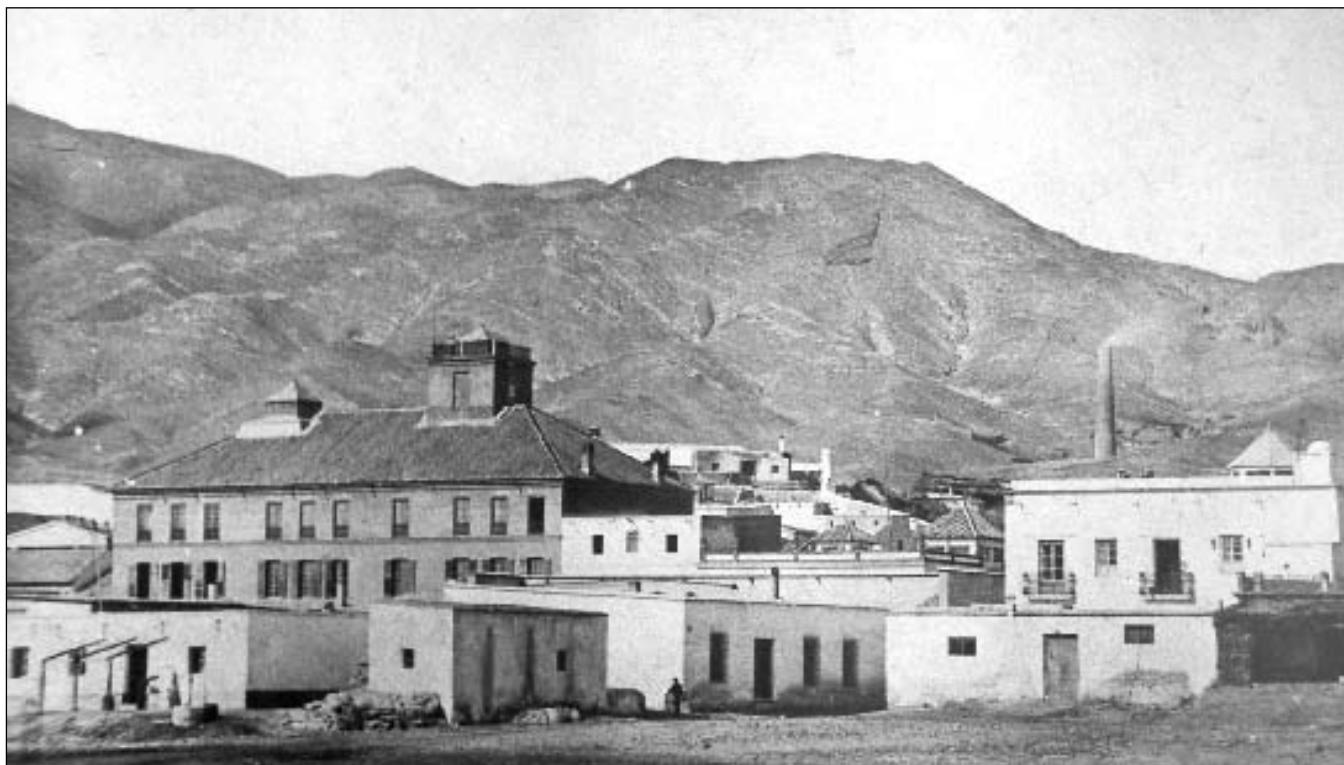
## BERJA

**D**e Turón pasé a Berja, a la que llamaron *Verjel* los árabes, donde todavía se conservan restos, así de su antigüedad como de sus dominadores griegos, romanos y árabes. Berja, con su clima apacible y benéfico, sus nacimientos de aguas puras y abundantes, sus jardines, sus flores y naranjos, sus castillos árabes y su riqueza; dominada por sierra de Gádor, que parece un genio benéfico presidiendo y protegiendo la villa, y dándole a manos llenas riqueza y abundancia; Berja, da de las garridas fembras (sic), rodeada aún de voluptuosidad oriental. En una de las colinas que la rodean conserva, como joya que pretende ocultar, restos de la ciudad romana, el pórtico de un circo de fieras con sus columnas y, a poco que se profundice en la tierra, encuéntranse jarros de China con franjas encarnadas y otras preciosidades antiguas. Sólo la indolencia de los habitantes pudiera dejar sepultada tanta preciosidad.

La riqueza de sierra de Gádor fuera bastante para hacer la felicidad del país, a no haberse verificado en la explotación de sus minas la fábula de la gallina que

ponía huevos de oro. No contentos con hacer trizas la gallina, de manera que ni un bocado se puede aprovechar, aun despedazada, quieren desplumarla. Las minas que para desgracia del país trajeron una riqueza inútil a sus habitantes, acarrearón también la desmoralización. Desaparecieron sus nobles y castellanias costumbres, vendieron virtudes por riqueza, y cuando ésta se acabó, quedáronles sólo los vicios; como el rico que desperdicia sus bienes en lujo y placeres, o como la mujer que en su juventud agotó todos los goces y, cuando anciana, queda sólo con la propensión al vicio, impotente para seguir en él.

Berja tiene algo de los pueblos grandes y mucho de los pequeños; es decir, que encierra los defectos de aquéllos y la nulidad de éstos. Allí, como en cuasi todos los de corto vecindario, es una enfermedad crónica la política, al revés de los que nunca nos ocupamos de ella; en verdad, no sin motivo, pues es un árbol que da más frutos amargos que dulces. Entre política, manejos, disputas y parodias de señorío es como se pasa la vida en Berja. Sus habitantes son hospitalarios y benéficos, y el viajero tiene mucho que agradecer a sus atenciones, así como el estómago a sus regalados platos y sabrosas



Vista general de Adra desde el mar. Al fondo, la humeante chimenea de la casa de los Heredia y la Sierra de Gádor. (Colección IEA).

frutas. Allí, como en todas partes, el conocimiento de los hombres es una triste experiencia. Pocos días me bastaron para conocer las costumbres, el carácter, la índole del vecindario, y también para evacuar mis negocios; que, por cierto, van como los de España.

## ADRA

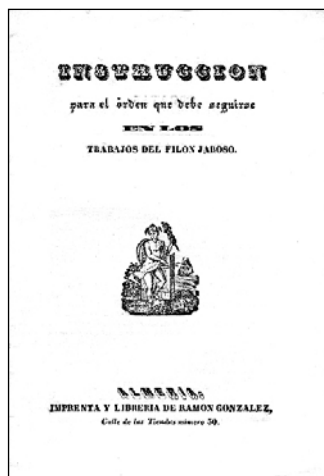
Aunque me llamaban otra vez a la Alhambra mis deseos y necesidades, tuve que detenerme en el puerto de Adra. Para quien no está acostumbrado a ver el mar, el espectáculo de esa gran sábana sin cesar movida por un agente invisible, tiene mucho de sublime y grandioso. No es agua solamente lo que en el mar se ve; sin querer se levantan los ojos al cielo para mirar una cosa superior a nosotros: la grandeza de Dios; y, al mismo tiempo, mirando al hombre confiado a una frágil tabla, se pregunta uno a sí mismo si es su valor o su locura quien le lleva a arrostrar tantos peligros.

En Adra hay que admirar el mar, como obra de Dios; la fábrica de plomos, como obra del hombre; y una compañía cómica de la legua que representa actualmente en aquella villa, como obra de arte. Yo mismo no sé darme razón de las partes de que se compone la compañía, ni de lo que les he visto hacer. El galán y director

se llama Valor, que valor se necesita para oírle y tolerarle, como a sus lindos compañeros; valores entendidos, o lo que es lo mismo, papel moneda que nadie compra, sino algún desesperado que quiere tirar el dinero. Aunque dieron, mientras permanecí en este pueblo, “Lucrecia Borgia”, “la Marcela” y otras, no quise ver más que “el Sepulturero”, porque, desde luego, supuse que iban a enterrar, y dije: quizá se entierren ellos; pero a quien enterraron fue a mí y a los espectadores, y la víctima del drama fuimos cuantos tuvimos la desgracia de asistir a su representación. ¡Qué figuras! ¡qué pronunciación! ¡qué trajes! ¡qué manera de expresar! ¡qué pelucas!, algunas veo yo por ahí que se les parecen. Una compañía cómica, por último, que ajustaría yo para Granada como de todas la más divertida.

Después de sufrir los rigores de la estación y de las posadas; después de haber admirado los lunares y las grandezas de la naturaleza; después de convencerme más y más de las aberraciones, injusticias y errores del hombre; héme aquí otra vez en mi centro, en mi Alhambra, en mi risueño salón rodeado de jardines y bañado por el plateado Genil; en Granada, cuyos encantos y atractivo no se saben apreciar hasta que se pierden, como sucede con todos los bienes y goces de nuestra vida.

## Joaquín EZQUERRA DEL BAYO



(El Ferrol, 1793-1859). Tras especializarse en Matemáticas en una escuela de Zaragoza, entró como paje en la corte de Carlos V. Cultivó el dibujo y la pintura bajo la instrucción de Vicente López. En 1822 se tituló auxiliar de la Escuela de Ingenieros de Caminos. Durante 1826 y 1827 dirigió una fábrica de cristales en Aranjuez y, en 1828, levantó el plano de las minas de Riotinto. Durante 1839-40 desempeñó la cátedra de Física del Conservatorio de Artes y fue profesor de Mecánica Aplicada y Laboreo de Minas. Fue miembro de la Real Academia de Ciencias, de la Sociedad Económica del Gran Ducado de Baden y de las sociedades geológicas de París y Londres, así como comendador de la orden de Carlos III. Publicó numerosos trabajos sobre geología y estudios mineralógicos, así como algunas obras de carácter literario y un viaje por el norte de Europa hasta Suecia y Noruega (1857).

Aunque posteriormente realizaría nuevos informes sobre el tema, la visita que verifica a nuestra tierra la hace en su calidad de *“ingeniero de primera clase y comisionado por S. M.”*. Sus impresiones y recomendaciones sobre el reciente boom minero del levante almeriense, fechadas en Almería el 1º de octubre de 1840, quedaron reflejados en el artículo: *“Descripción de la Sierra de Almagrera y su riqueza actual”*, publicado en *Anales de Minas*, II, 1841; p. 237-253.

### DESCRIPCIÓN DE LA SIERRA DE ALMAGRERA Y SU RIQUEZA ACTUAL

**L**a sierra de Almagrera de Montroy, situada en la parte oriental de la provincia de Almería, se halla bañada por el mar en toda su parte meridional; por el norte y el poniente está cortada por la gran rambla o cañada del río Almanzora, que sólo merece el nombre de río en ciertas temporadas del año; por la parte de Levante se pierde insensiblemente bajo los terrenos de sedimento del territorio de Águilas. Su longitud, de E. a O., vendrán a ser unos cinco cuartos de legua. Su anchura, de N. a S., desde la boca de Mairena a la cala del cristal, no llegará a tres cuartos de legua. El pico más elevado de sus cimas no pasará de mil pies sobre el nivel del mar.

La masa de esta pequeña sierra está exclusivamente constituida por el esquisto micáceo, variando sus capas unas veces más micáceas, otras más silíceas, y algunas de ellas son de esquisto arcilloso. La configuración actual de esta sierra, así como la de las otras más

considerables que son inmediatas, es debida sin duda ninguna a las erupciones basálticas y trachíticas que se manifiestan en dichas otras sierras, y que en la de Almagrera no han hecho más que trastornar sus capas, pero de un modo tan irregular que no se les puede marcar dirección ni inclinación constantes, y aún en algunos puntos están tan trastornadas, tan revueltas y tan mezcladas unas con otras, que ya han perdido todo el orden de estratificación.

Este trastorno y la naturaleza poco consistente de la mayor parte de aquellas rocas es causa de que las aguas y demás influencias atmosféricas hayan ejercido y ejerzan su acción corrosiva sobre ellas, resultando por consiguiente una porción de cortes y de barrancos en todos sentidos y en todas direcciones, que la hacen muy penosa de transitar. En todas aquellas breñas no brota siquiera una gota de agua, y el humilde esparto o atocha es su vegetación casi exclusiva. ¡Qué elementos tan desgraciados para una explotación de minería!

Aquel exquisito micáceo, siguiendo las leyes generales que los geognostas tienen observadas en esta clase de ro-



Sierra Almagrera, dibujada entre Villaricos y San Juan de los Terreros, según aparece en el mapa de T. López: *Mapa geográfico del Reino de Granada* (1795).

cas, contiene diseminados entre sus estratos abundantes venas de cuarzo y de óxido de hierro, con algo de barita; estas venas cortan algunas veces la estratificación y se presentan mezcladas con un poco de sulfuro de plomo.

En los escritos de Plinio y de otros autores antiguos se hace mención de las grandes riquezas que los romanos extraían de las entrañas de la tierra en el suelo de nuestra Península. No me meteré a dilucidar la cuestión de cuál era la verdadera situación de la nueva Cartago, ni de la famosa Urci, centro al parecer de la minería en aquellos tiempos; pero es evidente que en toda esta parte del litoral del Mediterráneo los romanos hicieron grandes excavaciones, y que de ellas extrajeron y beneficiaron diferentes clases de metales en cantidades de mucha consideración. Las monedas, los candiles y los útiles encontrados en estas excavaciones lo atestiguan suficientemente. Entre otros objetos curiosos he visto una figura de cobre de siete pulgadas de altura perfectamente modelada del Hércules de Farnesio.

La sierra de Almagrera la atacaron los romanos por la parte del S. O. Allí se conoce que beneficiaron varios filones que todos ellos corren de N. a S. sobre poco más o menos. Si todos estos filones eran argentíferos, y si lo eran en cantidad suficiente para que en el día hubiese traído cuenta el extraer la plata de sus minerales, es cuestión que hasta ahora no se puede decidir con

exactitud; lo que sí sé decir es que alguna de las galenas allí encontradas han sido ensayadas por el ayudante de nuestro cuerpo, D. Ramón Pellico, y sólo ha resultado 1/4 de onza de plata por quintal de mineral.

En el frenesí de minería, o mejor diré, en la avaricia y el afán de hacerse ricos a poca costa que se ha desplegado en todo aquel país de algunos meses a esta parte, han acudido con sus labores a remover los escombros con que los antiguos rellenaron los huecos que resultaban de los minerales que ellos extraían. Cuando ahora consiguen desatorar un caño antiguo se quedan tan contentos mirando las cuatro paredes que han resultado limpias, y con esto cobran nuevos ánimos para seguir gastando dinero. A mi parecer todas estas investigaciones no han de tener ningún resultado pecuniario satisfactorio, y me fundo en las tres razones siguientes:

- 1ª. Si es cierto que los romanos sacaron de allí una riqueza tan extraordinaria como dicen, no debe quedar nada que valga la pena, porque es claro que si de una gaveta se han quitado mil duros, aquellos mil duros ya no existen en la gaveta.
- 2ª. Una compañía de gente del país ha trabajado hace tiempo una mina que llamaron el Valiente; profundizaron 170 varas en labor de trancos, y al fin la tuvieron que abandonar porque no encontraban otra cosa que escombros.
- 3ª. Otra compañía trabaja en el día con mucho ahínco en desatorar un pozo maestro antiguo de tres varas por cuatro de anchura; llevan ya más de 136 varas en vertical sin haber obtenido tampoco más que escombros. A las 120 varas han encontrado una galería que se dirige al mediodía y que desatoran también. Yo creo que encontrarán más galerías que, en diferentes direcciones, se dirigirán hacia los criaderos; y creo por consiguiente que éstos se hallan beneficiados y limpios de metales, por lo menos hasta la profundidad que resulte tener el referido pozo llamado de la Sima, cuyo desatoramiento dará mucha luz para la historia del arte de la minería antigua, pero muy poca utilidad a sus empresarios<sup>121</sup>.

<sup>121</sup> N.R. Según noticias recibidas últimamente, han profundizado el pozo de la Sima hasta 160 varas, no pudiendo continuar por falta de aire respirable, pero sin encontrar otra cosa que escombros; lo cual parece anunciar que aquellas labores fueron ya abandonadas por los antiguos, y por consiguiente rellenas por ellos con los escombros que resultaban de otras excavaciones. Además de la galería que se cita en esta memoria, han encontrado otras tres igualmente rellenas de escombros; por último, se están entreteniendo ahora en desatorar un socavón allí inmediato que

En uno de estos filones, cuyas labores he reconocido, se ve que los antiguos dejaban para fortificación algunos macizos o llaves de mineral. Cuando tropiezan casualmente con alguna de estas llaves, corre al instante la voz de que la mina ha dado en metales; sube el precio de las acciones, anda el agio; hasta que, pasada la llave, vuelven a sus escombros y las acciones bajan a su primer valor.

(...)<sup>122</sup>

### ESPERANZAS QUE OFRECE LA MINERÍA DE SIERRA ALMAGRERA

Ya de dicho al principio mi opinión sobre lo poco que puede esperarse de la investigación de las labores antiguas, sobre todo en la parte S. O. de la Sierra. No diré lo mismo del centro de ella, esto es, del barranco Jaroso y cerros que hacen línea con él. Tres son las minas que se hallan en productos, y se llaman la Observación, el Carmen y la Esperanza. Sus demarcaciones están tomadas la mayor longitud según el echado o inclinación del filón, de modo que éste se halla ya reconocido en una longitud de 300 varas y en una profundidad de 78 varas, que es donde lo ha tropezado la Esperanza. Es muy probable, es casi seguro, que el filón continuará en mucha más extensión; por consiguiente hay una porción de minas, las que se hallen en la línea, que serán tan productivas como las tres dichas; si no lo son ya en el día es porque los que las trabajan no sabían hasta ahora la marcha y el carácter del criadero, con el cual nunca hubieran tropezado siguiendo las labores como las tenían establecidas. Otras minas hay que tienen sus demarcaciones contiguas a las anteriores por la parte del E., y que por consiguiente están sobre el echado del filón y con el cual tropezarán, pero será después de haber profundizado algunos cientos de varas en estéril.

A la vista parece que es una cosa muy sencilla el decir cuáles son las minas que se hallan en la dirección del filón, y lo sería efectivamente si a un bendito hombre que se precia de inteligente en minería no se le hubiera antojado pedir demarcaciones en dirección oblicua, con lo cual ha dado lugar a unos realengos o mejoras de estacas de formas las más irregulares, y que

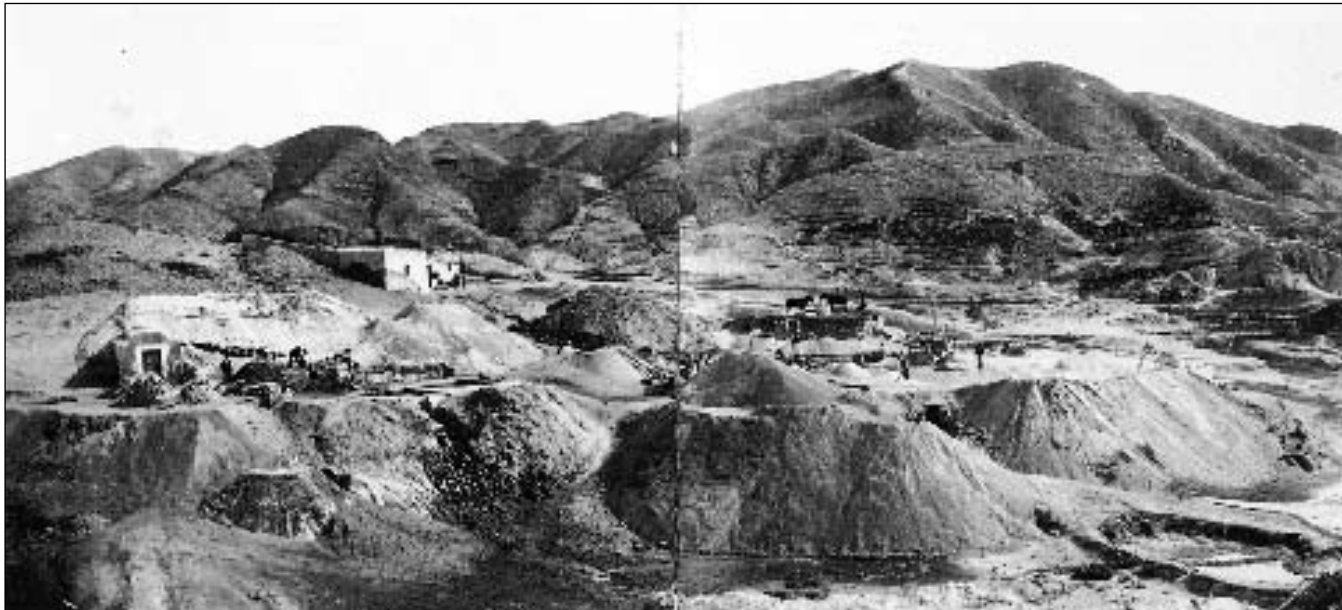
producirán mil pleitos y darán que hacer a los ingenieros, en razón a lo que variará la porción de filón que les corresponda a medida que avancen en profundidad.

También es sensible el que las sociedades de mineros no hayan comprendido sus verdaderos intereses, y que no se hayan presentado como compañías para obtener las cuatro pertenencias contiguas a que les autoriza la ley. Tienen, sin embargo, la disculpa de no haber comprendido el criadero a tiempo; y, así, lo que hacían era pedir demarcaciones en diferentes puntos para, si no pegaba en uno, que pegase en otro, como ellos dicen. Sea como quiera, en una demarcación que sólo coge 100 varas del filón y que sólo tiene sus 20 varas cuadradas superficiales disponibles, no se pueden disponer las labores en regla, ni mucho menos abrir las excavaciones auxiliares necesarias para ventilación, extracción, entrada de gente, etc. Si el trozo que cogen del filón es pequeño, y además cae en una mejora de estacas que corresponda a una demarcación que no se halle sobre el filón, cuya combinación tiene que verificarse; en este caso, todas las dificultades aumentan. Convencidos de estos inconvenientes, se han unido en algunos puntos dos minas limítrofes para hacer mancomunadamente ciertas excavaciones necesarias para el servicio de ambas, combinándose de este modo la economía con el buen sistema de laboreo. Pero hay otras compañías que no tienen tan buena armonía con sus vecinos, y que no se hallan en ánimo de prestarles el menor servicio. Yo creo que éste es un punto que debe llamar la atención de la Dirección General de Minas, porque es circunstancia que no está prevista en nuestra ley de minería.

Todas las minas que no se hallen en las relaciones dichas con respecto al Filón las considero como investigaciones sumamente aventuradas, y aún la mayor parte de ellas completamente desatinadas, porque aún cuando haya otro filón no tropezarían con él, según el método que llevan de labor en trancos a estilo de sierra de Gádor. A mi parecer no es probable que en una sierra de tan corta extensión como la de Almagrera exista otro filón tan rico como el del Jaroso. La naturaleza es muy avara en sus producciones argentíferas.

llevan ya habilitado en 60 varas de longitud, y han tropezado con un grande hundimiento que, para salvarlo, han tenido que meterse por terreno virgen. Es admirable la constancia con que trabaja aquella empresa sin objeto ni esperanza razonable.

<sup>122</sup> Sigue aquí una larga disquisición sobre la riqueza posible que pueden contener los materiales del filón del Jaroso, recientemente descubierto y explotados.



Lavadero de minerales en Sierra Almagrera. (Foto de J. Rodrigo, fechada entre 1874-1884. Reproducida del catálogo *El Siglo Minero*, IEA, 1991).

No creo exagerar si digo que 1.700 de los agujeros abiertos en sierra Almagrera, y que llevan el nombre de minas, no pueden dar el menor resultado por más que profundicen sus labores. Pero la ignorancia en el arte de la minería y la codicia de encontrar metales ha dado a todas estas gazaperas un verdadero valor, y las ha hecho un objeto de comercio muy lucrativo, aunque no el más honrado, porque está fundado en engañar a los crédulos y a los ignorantes. Estos abusos son muy difíciles, por no decir imposibles de evitar, y daré la razón. Cuando uno ha abierto un agujero siquiera de dos varas, y que ha pedido su registro y designación de pertenencia, aunque no se demarque nunca, todo el mundo lo respeta y no abre otro agujero en sus inmediaciones; costumbre que tiene más fuerza que la ley, y que se ha establecido a palos y a escopetazos. Estos agujeros tienen su valor, que sube o baja según las circunstancias y el charlatanismo, como los efectos al portador en las bolsas de comercio.

Otros agujeros hay situados tan cerca unos de otros que, aún cuando se les quisiese demarcar, no podrían hacerlo de tres uno<sup>123</sup>; pero no por eso dejan de tener también su valor, antes la contrario, toda mina que tiene pleito o que se sospecha lo puede tener, vale, si cabe, más que otra de igual probabilidad de mineral, pero de posición tranquila.

## DESCUBRIMIENTO Y EXPLOTACIÓN DEL FILÓN EL JAROSO

Mucho me podría extender sobre las singularidades que ofrece la explotación de minas en la sierra de Almagrera, pero me contentaré con referir la historia del descubrimiento del rico filón del Jaroso, causa principal del impulso tan extraordinario que ha tomado la minería en aquellas provincias, y que se va extendiendo al resto de la península.

Las muchas excavaciones antiguas y los diferentes escoriales que se encuentran en sierra Almagrera habían llamado hace tiempo la atención de los aficionados a minería de aquel país, pero todos sus afanes e investigaciones fueron siempre infructuosos y sin ningún resultado positivo. En 1838, un pobre labrador de Cuevas de Vera, llamado Andrés López, alias *el Perdigón*, tropezó en el barranco del Jaroso con una pequeña veta de galena que empezó a explotar paulatinamente por su cuenta, sin más producto en venta que el pequeño consumo de algunas alfarerías de aquellas inmediaciones.

Cuevas de Vera era uno de los pueblos menos civilizados y menos rico de la provincia de Almería; sus habitantes dependían exclusivamente de la agricultura, con un clima ardoroso, insoportable en el verano no

<sup>123</sup> N.R. Efectivamente, se han verificado ya muchos de estos casos desde que se han empezado a dar las demarcaciones.



Acción de la mina Esperanza, una de las más ricas del Jaroso, 1860. (Reproducida del libro *Memoria histórica, fotográfica y documental de Garrucha, 1861-1936*, J. A. Grima, 1991). (Gentileza de E. Fernández Bolea).



Vivienda de Torcuato Bolea Soler en Cuevas de Almanzora (Gentileza de E. Fernández Bolea).

sólo por el excesivo calor que reflejan aquellos arenales, sino también por la mala calidad de las aguas y su escasez en aquella estación. En este pueblo semiafricano había una familia López (distinta de la del *Perdigón*), uno de ellos maestro de escuela con dos o tres reales diarios de dotación; ya se puede calcular lo que sería el maestro de escuela de semejante pueblo; sin embargo, era el amparo y el arrimo a donde vino a refugiarse su hermano Julián López después de las convulsiones políticas de 1808 a 1814. Este Julián López, que ya llamaremos D. Julián, tuvo noticia del pequeño comercio que hacía el señor *Perdigón* y, como estuviese siempre anhelando el modo de no ser gravoso a su familia y salir del estado precario en que se hallaba, se le ocurrió decir que aquella veta que beneficiaba *Perdigón* daba las mayores esperanzas, y que era preciso formar una compañía para utilizar las inmensas riquezas que allí se presentaban. La gente sensata del pueblo no hizo caso de D. Julián, pero no faltó una docena de labriegos que prestaron fe a sus pronósticos y organizaron una sociedad, a cuyo frente le pusieron como director facultativo, señalándole 10 reales diarios a

cuya riqueza no hubiera él creído poder nunca aspirar. También hubo alguna señora que entró en la sociedad, más con el objeto de dar una limosna a un desgraciado, que no con el de aumentar su caudal como lo ha verificado. De este modo quedó constituida la empresa de la mina del Carmen en el barranco de Jaroso, la primera y fundadora del gran desarrollo que ha tomado después allí la minería.

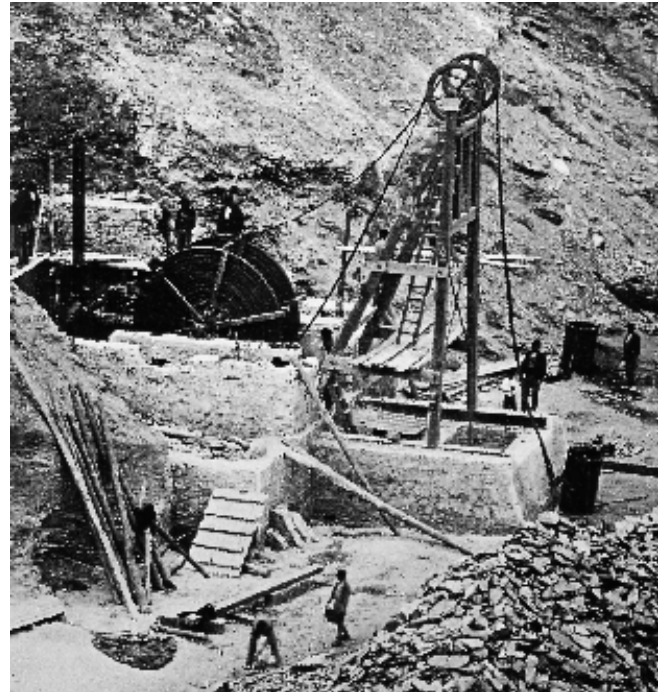
Sin embargo, los socios estaban poco animados y algunos de ellos vendieron su acción por poco dinero. Sólo D. Julián era el impertérrito y el que animaba y excitaba a que se continuasen las labores por no perder sus diez reales. Éstas empezaron a producir mineral ferruginoso que, en realidad, no era de valor y fue causa de que se despreciase igualmente el cobre gris que con él salió mezclado después.

Otros aficionados de aquellos pueblos organizaron dos compañías. La una, formada por la gente de Vera, pidió su registro al mediodía del Carmen y se tituló la *Observación*, para manifestar que estaban observando





Miguel Soler Molina (1770-1845), pionero en la explotación mineral de Sierra Almagrera.



Mina República en el barranco Chaparral de Sierra Almagrera. (Foto de José Rodrigo, 1875. Fondo Espín Rael, Lorca).

los resultados de la primera y obrar en consecuencia. La otra, constituida en gran parte por eclesiásticos, se colocó al norte y se tituló la *Esperanza*, porque sus socios tenían confianza de que la empresa había de dar buenos resultados. También suelen llamar a la mina del Carmen la mina de *Soler*, a la Observación, la mina de *Orozco*, y a la *Esperanza*, la mina de los *Curas*.

A fines de 1839 subió la inspección de Adra a sierra Almagrera para dar posesión de varias demarcaciones, y entre ellas cinco en el barranco Jaroso, las tres dichas y otras dos cuyas compañías había organizado D. Julián, pero que había colocado sin conocimiento de causa fuera del filón.

Largo y difícil sería de referir las vicisitudes que ha tenido este mineral en la opinión del público con respecto a su valor; los unos decían que casi era plata pura, otros decían que no la contenía absolutamente. Aún cuando todos están acordes en que es un mineral rico, sin embargo varían mucho en el valor que le asignan. Pero esta no es cuestión del momento, sólo sí la historia de su descubrimiento y de sus descubridores que, para concluir, diré que los poseedores de las 31 ½ acciones del Carmen son ya gente acomodada, puesto que cada acción vale de 40 a 50 mil duros al que la quiere vender. D. Julián es ya el Sr. D. Julián y no tiene que mirar la cara a nadie. El maestro de

escuela, aún cuando todavía sigue su ejercicio, es por mera afición y no porque lo necesite para comer. El ventero de Pulpí es un caballero con haciendas y cortijos y todavía tiene parte en la mina. Lo que es las mujeres e hijas de los socios, que antes eran pobres, han dejado el tosco sayal y ahora visten sedas, blondas y papalinas. Los socios de estas tres minas, que eran ya hacendados, ahora están construyendo casas y palacios. Los eclesiásticos tienen ahora los medios suficientes no sólo para pasarlo bien, sino para socorrer a los necesitados y algunos lo hacen así en efecto. En medio de esta prosperidad general de los accionistas sólo el pobre Andrés López, el verdadero descubridor de tanta riqueza, se ha quedado poco más o menos como estaba antes; no ha dejado de llamarse *el tío Perdigón*. A él y a su compañero Pedro Bravo Pérez les ofrecieron media acción a cada uno libre de gastos o *costeada*, como dicen en el país, pero al tiempo de formalizar la escritura, que se verificó cuando el mineral era ya conocido, se volvieron atrás y sólo les dieron un cuarto de acción, pero sin costear, de modo que el pobre *Perdigón* tuvo que deshacerse de su cuarterón en cambio de una burra y de una muleta, tasadas ambas en 900 reales. El Pedro Bravo quiso deshacerse también de su parte, pero se lo quitó de la cabeza un hijo suyo, y en el día es hombre que lo pasa regularmente. Los mineros ricos de sierra Almagrera debían haberse mostrado más agradecidos.

# 1840-1841

Lady E. M. GROSVENOR



Torre de la Vela Blanca en el litoral de Cabo de Gata (Foto de A. Gil).

Como ocurre con una gran porcentaje de viajeros extranjeros que visitan el Sureste español, lady Grovesnor se desplaza en barco por el litoral almeriense y, como consecuencia de una escala debido al mal tiempo, se vieron obligados a atracar dos o tres días, a comienzos de diciembre de 1840, en las proximidades de un fondeadero de Cabo de Gata, aprovechando para desembarcar en barcaza hasta la playa y hacer una breve expedición hacia la torre de la Testa, desde donde observan el paisaje: la ciudad de Almería al pie de las montañas, “una gran llanura desolada, con un río cenagoso, casi seco, que serpentea por esta llanura y que se convierte en una marisma antes de llegar al mar”.

El texto íntegro del viaje se halla en *Narrative of a yacht voyage in the Mediterranean during the years 1840-1841* (Londres, John Murray, 1842). La parte correspondiente a Almería que ahora reproducimos ha sido traducida por Christian Navas.

## 3 DE DICIEMBRE

**T**ras los días precedentes de calma y magnífico tiempo, hoy nos despertamos con una borrasca del suroeste que nos llevó durante dos horas a un ritmo de diez o doce nudos por hora, pero remitió, dejándonos en una calma en las estribaciones de la bahía de Almería, con el cabo de Gata ante nosotros. Todo el corral pasó el día en cubierta, formando el corral dos pavos, pollos, la cabra y su cría, y otra había sido sacrificada con fines culinarios.

## 4 DE DICIEMBRE

A cosa de tres de la madrugada se presentó un fuerte temporal del noreste, dando justo contra nosotros y zarandeándolo todo de forma que casi nos tira de nuestras camas; arrancó la vieja vela de proa de cuajo y arrastró los sombreros de cinco hombres al agua, justificando la vieja canción que dice: “*En el cabo de Gata cuida tu sombrero*”.

En realidad, no es cosa fácil para los marineros cuidar de sí mismos, y menos aún de sus sombreros, cuando están pisando cubiertas resbaladizas en un barco cabeceando y un mar agitado. Con lo difícil que es en estas ocasiones mantener el equilibrio en la cubierta de una nave, debe ser mucho más difícil la de aquéllos en lo alto, bamboleados en la punta

del mástil, que traza un arco cuyo pivote es el propio barco, y allí desde luego el movimiento es mucho más pronunciado. Siempre reina la ansiedad hasta que vuelven a cubierta sanos y a salvo, especialmente porque los servicios de estos marineros se requieren generalmente en los momentos más críticos, como cuando surgen borrascas.

El temporal continuó sin remitir y, a las nueve de la mañana, se consideró aconsejable refugiarse en el cabo de Gata, a unas diez millas detrás de nosotros. Llegamos allí a cosa así de las once, y nos percatamos de que nuestra situación era mejor de lo esperado; así, aunque no hay puerto, encontramos un buen fondeadero en calma absoluta, protegidos por las montañas que coronan el Cabo, rodeando la bahía de Almería. La ciudad de Almería, famosa durante las guerras con los musulmanes por ser una de las últimas ciudades en rendirse a Fernando, es una fortaleza natural a cierta distancia de nosotros, en dirección noroeste.

El viento siguió muy fuerte en el mar durante el día; algunos bergantines se acercaron buscando refugio, fondeando cerca de nosotros. Tratamos de pescar con algunos anzuelos que nos proporcionó un barco de los guardacostas, que estaba pescando con éxito. Sin embargo, solamente conseguimos capturar unas sepias diabólicamente monstruosas, aunque los marineros españoles nos aseguraron que constituían una comida excelente.

El bote se acercó a la costa con dos miembros de la tripulación, con el fin de obtener arena de la playa, y su desembarco se encontró al principio la resuelta oposición de dos o tres cazadores<sup>124</sup> armados, de aspecto feroz, y que tenían la intención de cobrarnos a cambio de permitirnos el desembarco; pero al acercarse otra embarcación con refuerzos frescos, el enemigo no volvió a presentar objeciones. La orilla era una larga playa de arena blanca, con algunas montañas imponentes y desnudas que se encuentran justo detrás, con las ruinas de una torre en la cima de una de ellas; también vimos dos o tres construcciones de aspecto miserable cerca de la orilla, y una parcela cuadrada de cactus. Los barcos de los guardacostas tienen su base ahí para evitar el contrabando, pero lo primero que preguntó su capitán al nuestro fue si tenía tabaco que quisiera introducir.

Al atardecer llegó otro bergantín grande, para refugiarse del temporal, que seguía ahí fuera, fondeando a no mucha distancia de nosotros.

## 5 DE DICIEMBRE

El temporal sigue fuerte en el mar, por lo que resolvimos pasar el tiempo en tierra firme, y remamos a la orilla con nuestro grupo en pleno; tres de los marineros se equiparon para seguirnos como guardias, cada uno armado con mosquete, bayoneta y alfanje, por si había algún encuentro con los habitantes itinerantes de la costa; nuestro objetivo era escalar la montaña hasta la torre de la Testa<sup>125</sup>, en la cumbre. Marchamos con nuestros guardias por la playa arenosa, cruzando un terreno muy desigual, cubierto de piedras, cuyo aspecto, tacto y ligereza hacían que parecieran haber pasado por el fuego, y que fueran volcánicas: al estudiar el terreno más detenidamente vimos que había sido arado, aunque sería difícil adivinar qué cultivo podría prosperar en un suelo tan árido. Al subir la montaña, encontramos zonas con pitas, romero en flor, matas de tomillo y lavanda, así como otras especies muy aromáticas; tojo<sup>126</sup>, y raíces bulbosas, sobre todo escilas<sup>127</sup>.

El ascenso fue difícil por lo abrupto de las rocas, aunque ocasionalmente podíamos seguir algún camino de cabras estrecho y al borde del precipicio, camino que

nos guiaba. Había un gran rebaño de cabras blancas pastando, aunque había poco alimento, bajo la vigilancia de un pastor, que estaba sentado en lo alto de una roca haciendo canastas con hojas, acompañando por un gran perro gris y blanco, que nos ladró con fiera desde arriba y que descendió para poder ver de cerca al grupo y a nuestro perro de raza spaniel *Rap*; al rato, nos siguió con aplomo hasta que, posiblemente, se aseguró de que no íbamos a tocar su rebaño y nos dejó.

Tras escalar una sucesión de rocas escarpadas, alcanzamos aquella sobre la cual se sitúa la torre; pero, antes de llegar a la misma, vimos la entrada a una cueva en el valle que se abría a nuestros pies; nuestro guardaespaldas bajó al mismo y calculó que tenía una superficie aproximada de seis pies cuadrados, y que la altura era la justa para estar de pie, y vio que tenía un agujero para que el humo saliera. Lo más probable es que fuera un refugio seguro para los contrabandistas, que abundan en la costa, aunque no vimos rastro humano alguno. Al final llegamos a la torre, donde el viento era excesivo, y había una vista excelente de las montañas, con la ciudad de Almería al pie; al fondo de la bahía se encuentra una gran llanura desolada, con un río cenagoso, casi seco, que serpentea por esta llanura y que se convierte en marisma antes de llegar al mar. Vimos que el objetivo de nuestros esfuerzos era una torre de planta circular, situado en un pico con vistas al mar, sin puerta u otro tipo de abertura, a excepción de una ventana en la parte superior de la que cuelgan los restos de una escalerilla de cuerda.

## 6 DE DICIEMBRE

El viento ha remitido tanto que todas las naves que se habían refugiado en la bahía de Almería partieron temprano. Aproximadamente a las doce, el viento roló a Oeste, circunstancia que aprovechamos a la una, al haber celebrado una ceremonia religiosa en la cabina por ser domingo. Nos mantuvimos a distancia de la roca hundida de mármol, aproximadamente una milla de la punta del Cabo, y navegamos rápida y suavemente manteniendo un rumbo paralelo a la costa, que está formada por una cadena de imponentes montañas, con atalayas a intervalos, casi siempre a distancia visual de la siguiente.

<sup>124</sup> N.T. El término del texto original es "Cacciatori", que significa cazador(es) en italiano. No está claro por qué utiliza este término en italiano.

<sup>125</sup> N.T. Transcripción literal.

<sup>126</sup> N.T. Alternativa: aulaga.

<sup>127</sup> N.T. Se refiere a la Urginea marítima; nombres comunes: cebolla albarrana, escila.

# 1841

## Karl Otto Ludwig Von ARNIM



(1779-1861). Hijo de Joachim Erddmann von Arnim, diplomático prusiano y director del teatro real, recibió clases en el instituto de Juachimsthal. Su hermano, Ludwig Achim von Arnim (1781–1831), fue uno de los poetas más conocidos del Romanticismo alemán, quien casó con la hermana menor, Bettina, de su amigo y también poeta Clemens von Brentano.

No conocemos con exactitud los motivos de su viaje por las costas mediterráneas españolas, pero lo cierto es que, procedentes de Cartagena, hacen una pequeña escala en Almería, prosiguiendo su travesía por la costa (Adra) hacia Málaga. De su breve estancia en nuestra ciudad Arnim guarda un recuerdo alegre y entrañable. Para este entusiasta viajero alemán todo fueron goces y felicidad: visitó Almería un 14 de abril, en plena primavera florida, hallándola limpia, exuberante de plantas y bien abastecida de productos. Nos llama poderosamente la atención el tono positivo empleado por Arnim, en contradicción con la mayoría de los viajeros de su tiempo. Sea como fuere, sus experiencias fueron publicadas en el libro *Flüchtige bemerkungen eines Flüchtling-Reisenden* (Berlín, Alexander Duncker, 1841), con el siguiente subtítulo: *Reise nach Paris, Granada, Sevilla und Madrid zu Anfänge des Jahres 1841*. El texto referido a nuestra provincia se halla entre las páginas 203-207, siendo traducido por Dietmar Roth.

**i**Cómo anima este momento! Habíamos llegado a Andalucía. Almería, la encantadora Almería, estaba delante de nosotros. Me esperaba un día precioso. Y estas expectativas se cumplieron y la estancia en este lugar, deliciosamente ubicado, es uno de mis más agradables recuerdos de mi viaje. Almería está en el Reino de Granada, en uno de los valles más fértiles, rodeada por altas montañas y peñas. Todo el paisaje es verde y todavía más verde, lo que se encuentra pocas veces en España. No había nada achicharrado, todo lucía flores y frutos. Esta es la primera impresión que se lleva el forastero que se acerca a Almería desde el mar. Los barcos atracan en una bahía amplia y segura. Los trámites con Sanidad se acabaron rápidamente y tomamos tierra.

Almería tiene mayormente casas de una planta, cuyas entradas y ventanas se protegen con rejas. Aquí empiezan a ser esplendorosamente blancas, como casi en toda Andalucía, porque, como mínimo, una vez al año se enlucen por dentro y por fuera... Tan limpios y característicos como las casas, nos parecían los habitantes en su traje regional, el que parece la

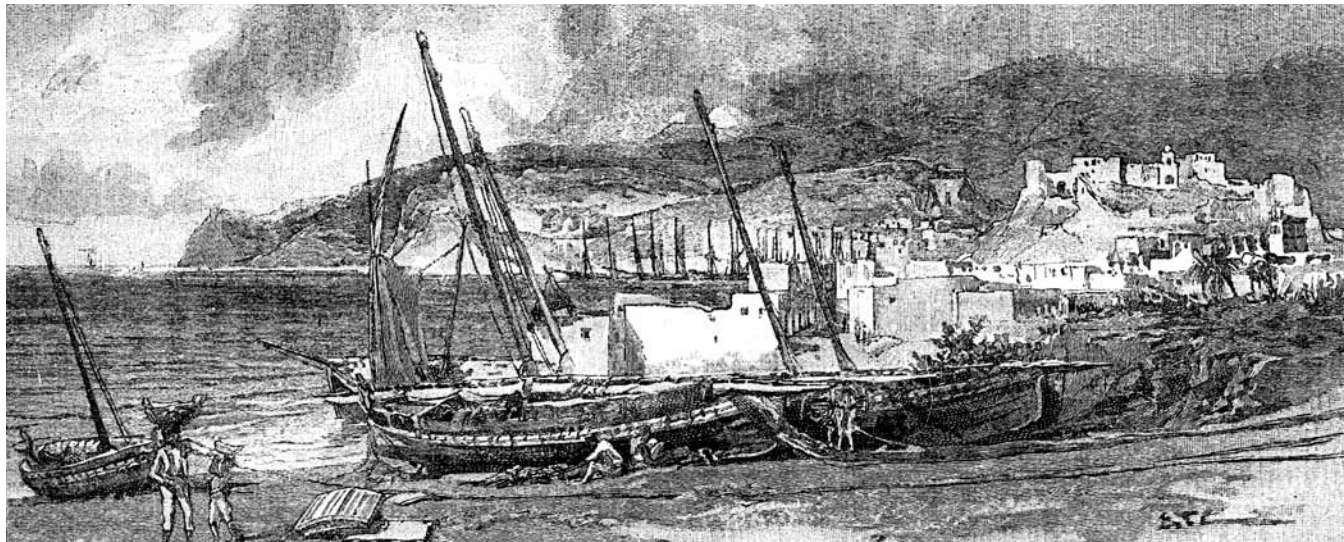
continuación de los del Reino de Valencia. Un arriero en el mercado llevaba el siguiente traje: en los pies alpargatas blancas, los calcetines llegaban hasta los tobillos, encima llevaba una especie de pantalón blanco parecido a la griega fustanella; además un chaleco con pequeños botones de plata, una pañuelo amplio en la cabeza por haberse suprimido la tradicional red, y un sombrero redondo con el ala doblada hacia arriba. Así, el hombre acudía a una fuente perenne, se lavaba detenidamente y luego volvía a su querido animal.

La ciudad y sus alrededores correspondían al verde que habíamos admirado desde el barco. La alameda es una de las más bonitas de España. En sus alrededores, casi contiguo, está el mercado, que encontramos abastecido de todas las variedades de frutas del sur, pero tampoco pasamos por alto que allí encontraban las patatas tan patrias<sup>128</sup> y necesarias desde la hambruna de 1816 y que fueron plantadas, primero, por la colonia alemana en Sierra Morena y ahora se cultivan por toda España. Siguiendo nuestro paseo llegamos a unas palmeras, las

<sup>128</sup> N.T. Tan “nacionales”, tan de la patria, un símil con el caso alemán.

# 1841

Karl Otto Ludwig Von ARNIM



Plácida vista de Almería tomada desde la desembocadura de la rambla, según dibujo del inglés Compton a finales del s. XIX. (Reproducida de *Los grabados de Almería*, de J.L. Ruz; *La Voz de Almería*, 2001).

hembras no lejos de los machos, del que recibe su fecundación, y unas plataneras y otras plantas meridionales en los huertos, comiendo yo un catorce de abril las primeras fresas de este año. Volviendo a la ciudad, hicimos una visita al agente del barco de vapor, un inglés, quien nos recibió cortésmente; y así volvimos, plenamente contentos con este día, al vapor, donde nos esperaba la cena, buena como de costumbre, y se levantó el ancla.

Parecía que la noche anterior sólo había sido un foco de esperanza en nuestra trayectoria bastante movida por el viento, porque, apenas habíamos perdido

de nuestra vista la bahía de Almería, cuando se levantó un fuerte viento desde el sureste que cada vez ganaba más fuerza. La costa de Almería hasta Málaga tiene algunos acantilados peligrosos de los cuales este mismo día pasamos por alta mar cerca de uno, Punta de Elena, pero de forma afortunada. Poco después estaba todo completamente oscuro, viendo a lo lejos, en la costa, un gran fuego. Eran las minas de plomo de Adra, de donde venía el resplandor, y, como ahora estoy hablando de ellas, no puedo evitar disertar más detalladamente como anécdota lo relacionado con esto y los recientes descubrimientos en las montañas costeras.

## 1845

ANÓNIMO

**U**na gran cantidad de atalayas o torres de reloj aparecieron a intervalos sobre la costa. Anclamos antes de llegar a Almería, a las diez en punto. Los acantilados caían antes de alcanzar la ciudad, que se hallaba sobre un pequeño y solitario llano, negro y rocoso. Las casas eran blancas y los tejados como los de Tánger, lugar al que Almería nos lo recordaba mucho, y torres como las torres moriscas se alzaban por todos lados. Debo añadir, sin embargo, que la

fortaleza que coronaba las rocas era tan llamativa que superaba con mucho la torre de África.

El barco nos dejó en Almería hasta las cinco de la tarde. Pronto aparecieron rocas escarpadas, y a la mañana siguiente, al despertar, fueron volviéndose más y más hermosas, apareciendo cuevas y ensenadas muy apetecibles para el dibujante...

(*Spain, Tangier, etc. Visited in 1840 and 1841.* By X. Y. Z. London: Samuel Clarke, 13 Pall Mall East. 1845; pp.352-353).